ROSA-CRUZ DE ORO

82



BEETHOVEN

FRATERNIDAD ROSA-CRUZ ANTIGUA

REVISTA DE LA CIENCIA ROSA - CRUZ

ORGANO DEL CENTRO ROSA - CRUZ DE BOGOTA - COLOMBIA

DIRECTOR: ISRAEL ROJAS R. — APARTADO NACIONAL 1416

AÑO XXIV — AGOSTO DE 1970 — No. 82

LUDWIG van BEETHOVEN

1770 — 1827

En el año que cursa de 1970, se cumplen 200 años de aquel momento solemne en el cual un dios descendió del Olimpo y encarnó entre los hombres, para dejar sorprendentes como maravillosas creaciones musicales, llenas de profundidad en el sentido en potente expresión.

La música creada por Beethoven está impregnada de una hondura de sentido eternal y de un profundo anhelo de libertad.

Compuso 32 Sonatas para piano, 17 Cuartetos, 9 Sinfonías y varios Conciertos, algunos de ellos con sentido místico y con aquella eufonía que suele llamarse música de cámara.

Algunos, e infortunadamente de ellos abundan, suelen criticar a los genios por poseer la hiperestesia propia de su elevada sensibilidad, que no coincide con el ambiente en el cual la ordinariez e incomprensión, suelen ser demasiado comunes.

A los grandes genios se les debe juzgar o enjuiciar por la magnitud de su obra creadora, y en modo alguno por las pequeñas distorsiones relativamente lógicas de su personalidad.

Los ideales que encarna "La Fraternidad Rosa-Cruz" hacen que en ella se rinda culto siempre, a la Verdad, a la Belleza y al Bien.

La verdad es buscada con insistencia por los grandes filósofos, como Lao-Tze, Vivekananda, Schopenhauer, que son los que realmente se han elevado sobre los conflictos de la inteligencia hacia la cima de la verdad, que es la vida manifestándose en multitud de formas sin dejar de ser una y única, como la luz del sol cabrillea en las gotas de agua que se desprenden de las hojas de los gigantes de la selva, sin que deje de haber unidad

de la luz y multiplicidad en el brillo calidoscópico de las múltiples imágenes que las perlas del precioso líquido reflejan del horizonte ambiente.

Así como el termómetro marca la intensidad del calor o del frío, así el sentido estético musical es medida rigurosa para descubrir la sensibilidad de las gentes que se solazan en las divinas armonías de la música excelsa, y se sienten distorsionados y molestos al escuchar los ruidos absurdos de los merecumbés, de las cumbias y de toda esa baraúnda de bajezas mal llamadas música, que degradan a todos los que las escuchan, porque despiertan en ellos los más bajos instintos.

La música tiene la cualidad de sublimar el sentido de la vida sin ningún otro esfuerzo ni apoyatura, porque ella penetrando por el oído, el más augusto de los sentidos humanos, llega directamente al alma, a la sensibilidad, despertando divinas armonías en aquellas almas selectas que se entregan sin condiciones al sentido melódico de las grandes obras y así logran comulgar con el espíritu del artista y con las divinas armonías de la naturaleza.

Este año de 1970 se hace solemne en el recuerdo, al traer la imagen vigorosa del divino Beethoven; divino no en la forma, sino en el sentido, grande no en el concepto, sino en la realización interior de ese gran Ego altamente evolucionado en el sentido ideal y estético.

La Revista Rosa Cruz de Oro se honra en traer la imagen, el recuerdo y el sentido artístico de aquel que supo dejar obra grande para bien del mundo.

Mi Viejo Jardín

Este jardín interno de mi vida
se resiste a dejar de florecer;
ya exhausto de follaje y de frescura
aun abre sus capullos con albura
como lo hiciera en su lejano ayer.

Ya la nieve se extiende por los prados,
cual fruto del cansancio y de la edad
donde están mis anhelos sepultados,
y... casi, casi se diría olvidados
en una augusta y santa soledad.

Mas, de la blanca tumba de mis sueños
van surgiendo los brotes de otros cantos,

como pámpanos tiernos y risueños;
y bajo el casto beso de la brisa,
encantan a la luz con su sonrisa.

Vuelve a brotar en mi jardín la flora,
al beso de esa rubia primavera
que ya mi pobre corazón añora.

Y aun se escuchan mañaneros trinos,
que del fresno y el mirto, en la enramada
se esconden los cantores matutinos.

No todo en mi jardín está desierto,
porque mis ansias de cantar no han muerto.

En tanto haya un jilguero entre las ramas
y una flor en su tallo,
habrá trinos y aromas en mi huerto
y sentido en mi alma.

Alfredo Moreno

AUTO-REALIZACION

A la Omnipresente Deidad se le palpa con el sentir, no se le puede definir con el pensar, de ahí que los racionalistas vivan en dolorosa ausencia de lo espiritual o Divino.

Raghozini

El Sentido Ideal de las Palabras

Son las palabras espejos mágicos donde se evocan todas las imágenes del mundo. Matrices cristalinas, en ellas se aprisiona el recuerdo de lo que otros vivieron, y nosotros ya no podemos ver, por nuestra limitación mortal, aun cuando todas las imágenes y todos los verbos sean eternidades en el seno de la luz, como explicaba el mago Apolonio de Tyana. Para el iniciado que todas las cosas crea y ninguna recibe en herencia, la luz es numen del Verbo. Las palabras en su boca vuelven a nacer puras como en el amanecer del primer día, y el poeta es un taumaturgo que transporta a los círculos musicales la creación luminosa del mundo. En los números pitagóricos aprisiona las Ideas de Platón. Pero las imágenes, eternidades en la luz, sólo dejan en la

palabra la eternidad de su sombra, un rastro cronológico de aquello que los ojos contemplaron y aprendieron de una vez. El pensamiento humano es como el fruto sagrado del Sol. Así en todas las lenguas madres se revela la condición expresa de un paisaje, y así la armonía de la lengua griega es fragancia de las islas doradas. Los mitos helénicos nacen en las cristalinas cuevas de los montes, en el verdoso seno de las frondas, en la azul ribera del mar. Si el eremita ama su yermo, es porque su pensamiento se reposa fuera del mundo, y para mantenerlo en quietud huye las solicitaciones de la Naturaleza. Toda llanura es yermo espiritual. En la llanura sólo florecen los cardos del quietismo. El criollo de las pampas debe a la vastedad de la llanura su alma embalsamada de silencio, y si alguna emoción despiertan en ella los ritmos paganos, es por la mirra que quema en el sol latino la lengua de España. En la llanura las imágenes son tristes y menguadas, se suceden con medida monótona y tarda, como sombras arrastradas en los pasos de un lento caminar. Allí la emoción para los ojos está en lo largo de los caminos y en lo largo del tiempo para mudar la vista de las cosas. Aquel horizonte monótono y curvo, ante el cual los ojos se duermen un día entero de jornada, aquieta y aniquila las almas. Es el desierto donde la fantasía muere de sed. Estas llanuras miliarias recorridas de un cabo al otro cabo por los pasos del hombre, son largas como una vida, y en ellas los ojos jamás gozan en un acto puro la emoción de ser centro, si no es mirando al cielo. ¡Ay, faltan las suaves y azules montañas que ofrecen desde sus cumbres la visión integral de los valles, el conocimiento gozoso de la suma, la mística quietud del círculo y de la unidad! ¡Qué enorme y difusa entre dos mares la pampa argentina! Allí los poetas tienen los ojos estériles, y su sentimiento clásico sólo se nutre en el seno cristalino de las palabras, que, como divinas ánforas, atesoran los mirajes de los países lejanos. Las imágenes verbales, a pesar de su esencia cronológica y de representar todas las cosas en teoría, son en aquella soledad más fecundas que las formas de la Naturaleza. Están más llenas del secreto de vida que buscaba en la forma sensible el divino Platón. Todo el conocimiento délfico de los ojos es allí convertido en ciencia de los oídos, y en sutil aprender de topos. Se siente el paso de las sombras clásicas, pero ninguno puede verlas llegar. Los pueblos de la pampa, cuando hayan levantado sus pirámides, y sepultado en ellas sus tesoros, habrán de hacerse místicos. Sus almas cerradas a la cultura helénica oirán entonces la voz profunda de la India Sagrada.

Aguilas y topos son las bestias que simbolizan los modos del humano conocer. Aguilas de ojos soberanos, y topos auditores. Del divino laurel del día nace la rosa del milagro musical.

Ramón del Valle Inclán.

La Botánica y La Salud

La botánica es ciencia que debe ser estudiada cuidadosamente, por los grandes beneficios que aporta a la humanidad doliente.

Nada más grato que en los momentos de reposo del trabajo diario, dediquemos algún tiempo a conocer esta ciencia admirable.

Mencionaremos algunas afecciones difíciles, que se curan con la botánica.

DIABETES:

La diabetes se cura tomando 3 vasos diarios del cocimiento de la planta conocida con los nombres de: "Subí y cogé", "Bocado de Culebra", o balsamina en Colombia y Cundeamor en Venezuela. El paciente además, debe comer apio en la ensalada, saturando su organismo.

PALUDISMO:

Para el paludismo nada mejor que tomar la infusión de 5 hojas de Mirto, en ayunas solamente, hasta lograr la cura. Comer ajos crudos.

REUMATISMO:

El reumático debe tomar cocimiento de la corteza de Sauce, a razón de una onza para litro de agua, hasta lograr la cura, Debe comer además buena cantidad de naranja "grape" y apio con sal en las ensaladas.

INTOXICACIONES O ENFERMEDADES HEPATICAS:

(Afecciones del Hígado)

El paciente debe tomar lo menos 5 vasos de jugo de tomate puro al día, el primero en ayunas, y el último antes de entregarse al sueño, los otros 3 distribuídos en el curso del día.

ENFERMEDADES DE LOS RIÑONES

La planta conocida con el nombre de Chipaca en Cundinamarca, Masiquía en Antioquia y Papunga en el Valle, purifica los riñones, si el paciente toma 3 vasos diarios o más, en ayunas y sobre las comidas. La dosis debe ser una onza para litro de agua. Además, el enfermo debe comer buena cantidad de mandarina.

Lo que graciosamente se recibe, graciosamente debe darse: haga conocer estos sistemas de curación entre sus amistades, en pro del bienestar humano.

Adquiera el hábito de estudiar, aprender es progresar.

APOLOGO DE LA EXCELSITUD

Por Luis López de Mesa

Eran aún altas horas de la madrugada cuando el viajero emprendió de nuevo su camino. La marcha lenta de las caballerías, mejor que ninguna otra forma de viajar, es propicia al pensamiento, y esta vez a pocos pasos de su albergue experimentó una rara inquietud de imaginación. Cruzaba una meseta de los Andes, que en dilatada planicie, intensamente fría, daba sólo abrigo a débiles arbustos y gramíneas y al musgo casi helado por la escarcha de la noche. Confundidas la niebla y la penumbra matinal sobre la estepa indefinida, parecióle aquello el símil de un mundo en formación, gravemente inanimado y melancólico. Algo como la noción del comienzo de los siglos surgió en su consciencia, y adivinó lo que sería aquel connubio de lo infinito inerte con la eterna soledad.

De pronto, al volver una curva del sendero, mágica visión paró sus ojos: de entre la niebla y las sombras, enhiestas en los espacios, una mole blanca destacóse. Próxima al parecer e inmensa, la nacarada quietud de un nevado hipnotizó su espíritu. Mirándolo más y más se hizo deslumbrante y cambiando de reflejos temblorosos fue violeta, río escarlata, oro abrillantado o niquelado azul. Rebrillando más todavía, como un ingente espejo solar, cual un astro nuevo la luz quebrábase en todas sus aristas; y era un cono de nácar luminoso, el arco iris de un cristal inmenso o el orto mágico de un nuevo sol.

Al llevar sus ojos en opuesta ruta pudo ver que la aurora cubría ya de fulgores todo el horizonte levantino, y que gigantescos haces luminosos cruzaban la llanura lejana y la inundaban en un baño de oro y vaporoso azul.

En la plenitud de un arrobamiento inefable, entre el fulgor de aquel nevado, y el fulgor de la aurora su consciencia recogió este pensamiento: he aquí la primera excelsitud. De la entraña oscura del informe átomo inicial del mundo, onda por onda en apretada vibración imperceptible, surgió la luz: Las tinieblas de los mundos disipáronse así, y la magia del rayo luminoso, superando la materia, superándose a sí misma, primera realización de la belleza, iluminó los espacios infinitos y se iluminó a sí propia, cual corresponde a toda excelsitud...

Caía la tarde. Después de una jornada fatigosa por la loma abrupta percibíase ya el hálito caluroso de los valles. Allá en las cumbres erguían su tronco grácil el ceroxilón y el laurel, luego los cafetales diseminados por la falda dábanle un tono verde oscuro, y en toda la planicie los tabacales y el pará enmarcaban en

distintos verdes la cinta ondulante del río sereno y límpido. Confuso murmurar de vida emergía del contorno; las cigarras, las tenues mariposas, las aves canoras de fantástica policromía, las vacadas de las dehesas y la agitación del hombre. El viajero, aturdido antes por el bochorno meridiano, despertaba otra vez al pensamiento. Cruzábanse los transeúntes parloteando en alta voz, quemado el rostro por los ardores tropicales, y vivaz la mirada por la grata frescura del atardecer.

Al llegar a un albergue de transeúntes se detuvo. Recostados a la baranda del patizuelo fronterizo platicaban una joven y un viajero. En un segundo nada más pudo ver en el aire comedido de su apostura y en la pudorosa caricia de sus ojos que platicaban de amor...

En la luminosidad de la tarde y en medio de la enorme agitación vital de aquellas horas, la gran pasión humana impresionó su consciencia como una ley imperativa de los seres animados y de toda la humanidad. Recorrió su pensamiento las mágicas leyendas del amor: su apoteosis en la mente de los arios, su refinado triunfo en las razas islamitas, su pulcra aspiración romántica en las cortes medievales, su frenesí de todas las horas, aún en las catástrofes, en medio de las guerras, en medio de las ruinas, por encima de toda pompa y de toda desolación. Su triunfo mágico sobre la vida y sobre la muerte, las sutiles transformaciones ascéticas de que se reviste para escalar hasta el infinito azul y esconderse en el seno mismo de la divinidad. Su imperio sobre todas las creaciones del hombre, la industria y el arte, la moral y la religión. Su imperio sobre todos los vínculos, hasta sobre el vínculo sagrado de la vida. Entendió cómo es el móvil supremo de la agitación incesante de los seres vivos, cómo agigantándose en represa de emociones es capaz de locos acometeres imposibles, de luchas airadas en prodigiosa altivez. Entendió entonces que es ella, la pasión amorosa, el amor que dilata las aspiraciones y afiebra la consciencia humana, la real señora de nuestros destinos, la que nos torna gigantes hasta el punto de hacernos sacrificar en heróico gesto insuperable la misma individualidad que la sustenta. Y viendo entonces que supera al individuo que lo encarna, y enaltece todo cuanto toca, comprendió en el amor la realización de una doble excelsitud...

Y como una asociación de este pensamiento divagó su espíritu en torno del alto valor de la consciencia humana. Por su entidad física, su corta existencia y la frágil cohesión de sus destinos muy escasa fortuna correspondió al hombre. Elévase sin embargo, al dominio de los seres animados, al imperio de las fuerzas naturales y a la interpretación del mundo. Guiadas por indescifrable potencia interior, sus manos modelan la materia bruta, escudriñan sus ojos el abismo de los espacios y calcula su razón

la esfera de límites ignotos del universo sensible. Irradia su energía más allá aún y hundiéndose en el imperio penumbroso de las causas y de las relaciones esenciales, se da a sí mismo un nuevo mundo, el mundo espiritual. Transforma la constancia de los hechos en la ley, organiza las leyes en sistemas, enlaza sus ambiciones con el devenir de sus sistemas y, dios de ese nuevo mundo, por derecho de creación, mide sus años, mide sus fuerzas, mide sus probabilidades por cifras fabulosas, superando en gesto altivo su mezquina individualidad. Y todo aquello que analiza y todo aquello que transforma en valores ideales, lo ve dentro de sí con la misteriosa luz de su consciencia. Y esta consciencia inexplicable es por tal manera prodigiosa que no sólo —inmensidad de su energía recóndita— no sólo repite lo infinito en la reducidad entidad de una idea, sino que lo amolda a las relatividades de su ser. ¡Y, milagrosa ya, superando las dotes de la energía concebible, no meramente actúa hacia lo exterior, sino que interioriza, y sutilizándose más y más, quintaesenciando su misteriosa capacidad, se contempla a sí propia en reflexión de fuerza, ¡en fuerza que actúa sobre sí como fuerza! y constituye, de esta inescrutable manera, una triple excelsitud!

Se apagaba ya la tarde. Lenta y silenciosa emergía la sombra del callado recodo de los valles. Los últimos resplandores de la luz vesperal tornábanse violeta en la bruma sutil que envuelve las montañas. El rojo vespertino cedía lentamente apagándose en un pálido gris sobre el poniente. Entre cirrus nacarados surgió en toda su melancólica majestad la luna llena. El valle silencioso, las lejanas cimas negras silenciosas, silenciosos los espacios estelares convidaron su mente a una mística elación. Toda esta callada armonía universal, toda esta luminosa armonía del cosmos, tan lenta, tan precisa, tan ilimitada, en su gigante rotación transformóse en idea dentro de la consciencia humana y fue la idea Divinidad. Esencia icástica de la suprema síntesis, esta misteriosa voz que apareció quién sabe dónde y cuando el espíritu humano como símbolo de luz, de amor y de consciencia de ese todo universal, esta misteriosa voz que abarca lo visible y lo invisible, y el fenómeno dentro de la eternidad, y lo infinito y lo omnisciente, esta misteriosa voz que en el corazón del hombre compendia todas las aspiraciones y abarca todas las modalidades, que superando lo imposible enmarca el conjunto universal; y es resumen de la eternidad del tiempo, de la inmensidad del cosmos, de la integridad de la consciencia, e integración hasta de la más recóndita y última de las posibilidades, apareció en su mente como la suprema, como la inefable, como la cuádruple excelsitud, dentro de la cual reposó su espíritu, agobiado al fin de ideas y agobiado de emociones en una deliciosa elación.

La Editorial Bedout está reeditando las obras del Profesor Luis López de Mesa y así el público puede proveerse de ellas a precios módicos. "El Libro de los Apólogos" figura entre los más importantes del Profesor, siendo todos de admirable contenido.

"La ley de Causa y Efecto está inextrincablemente ligada con la de Reencarnación. Sólo esta doctrina puede explicarnos el misterioso problema del bien y del mal y reconciliar al hombre contra la terrible y aparente injusticia de la vida".

H. P. Blavatsky.

UN DEVA (Espíritu Brillante) Y EL BUDDHA

Cuál es la más tajante espada?
Cuál es la más activa ponzoña?
Cuál es el fuego más ardiente?
Cuál es la noche más lóbrega?

La palabra iracunda es la más tajante espada; la codicia es el más mortal de los venenos; la lujuria es el fuego más ardiente y la ignorancia, la noche más lóbrega.

Quién obtiene la mayor ganancia?
Quién sufre la mayor pérdida?-
Cuál es la armadura impenetrable?
Cuál es la mejor arma?

El que da sin deseo de reciprocidad, es el que más gana; el que de otro recibe, sin devolverle nada, es el que más pierde; la paciencia, es la armadura impenetrable; la sabiduría la mejor arma.

Cuál es el ladrón más peligroso?
Cuál es el tesoro más preciado?
Quién rehusa lo mejor que se le ofrece en este mundo?

Un mal pensamiento es el ladrón más peligroso; la virtud es el tesoro más preciado; rehusa lo mejor que se le ofrece, quien aspira a la inmortalidad.

Quién atrae?
Quién repugna?

Cuál es el dolor más terrible?
Cuál es la mayor dicha?

El bien atrae, el mal repugna; el mayor dolor es una mala conducta; la liberación, es la mayor dicha.

Qué causa la ruina en el Mundo?
Qué rompe la amistad?
Cuál es la fiebre más aguda?
Cuál el mejor médico?

La ignorancia arruina al mundo; la envidia y el egotismo rompen la amistad; el odio es la fiebre más aguda; la iluminación interior en el sentido espiritual, es el mejor médico.

Qué no quema el fuego, ni el orín consume, ni el tiempo abate y es capaz de reconstruir el mundo entero?

Las acciones rectas, el noble pensamiento y el elevado sentir, son los factores indispensables para reconstruir el mundo entero.

IGNORANCIA

La presunción y la ignorancia son gemelas; y cuando el hombre se considera independiente y distintamente de los demás, crece en vanidad, y cuanto más instruído está en la ciencia superficial, más aumenta el sentimiento de su superioridad y se engríe de su imaginaria supremacía. La conciencia de la gran mayoría de los inteligentes de nuestra época intelectual, está casi por completo localizada en el cerebro; viven, por decirlo así, únicamente en el desván de su casa. Pero el centro de la vida es el corazón; y si la conciencia no se concentra en este primario núcleo vital, se irá paulatinamente apartando de allí, hasta desvanecerse. Que los que anhelan crecer espiritualmente traten de acercar el pensamiento al corazón, en lugar de localizarlo fríamente en las estrechas lindes del cerebro. Que traten de sumergir, día tras día, su poder pensante en su poder sensible, el pri-

mordial principio de la vida, hasta que su conciencia more allí. De momento no percibirán más que tinieblas, pero si perseveran en sus esfuerzos, descubrirán que la vida de tal centro es luz para la mentalidad humana. Y esa luz inextinguible enviará sus rayos hasta la región sidérea, donde el hombre ve su pasado, su presente y su porvenir.

Franz Hartmann

Los Fundamentos de la Hombría

Por O. S. Marden

La honradez y probidad en nuestras relaciones con los demás, sin sombra de engaño ni asomo de mala fe, son el fundamento de la hombría. Un carácter de quien jamás quepa una sospecha es la piedra angular del éxito.

A pesar de la bellaquería reinante y de los ingeniosos timos y colosales estafas que diariamente se descubren, la probidad continúa siendo y será siempre el lema capital de los negocios. Nunca como ahora significó tanto en los negocios la absoluta honradez de conducta.

La mayoría de jóvenes no se percatan del valor del carácter en los negocios y les parece que la astucia, la travesura, la influencia y el valimiento importan más que la honradez e integridad de carácter.

Hubo tiempo en que en algunas partes medraba el dependiente más solapado y que mejor sabía segar la hierba bajo los pies de los demás; pero hoy prospera como nunca el que a la probidad de conducta añade el pleno conocimiento del negocio.

Tiempo atrás me pidieron informes de un joven que había solicitado un cargo de mucha responsabilidad. Como no le conocia a fondo, me dirigí a su anterior jefe, muy amigo mío, en cuyo establecimiento había servido largo tiempo, y le pregunté qué concepto le merecía el joven en cuestión. El jefe me respondió sin vacilar: "Es un hombre de cuerpo entero, y nada más hay que decir."

Me bastaba con esta recomendación de mi escrupuloso amigo, porque era prueba de que el joven había merecido de él la mayor consideración personal por sus relevantes cualidades. Se le podía confiar sin reparo cualquier cargo, por mucha que fuese su importancia y responsabilidad, pues no sólo había sido leal a su jefe, sino apto, de exquisito criterio, incapaz de ligerezas ni

descuidos en el desempeño de sus funciones, trabajador infatigable y de mente abierta a toda innovación razonable.

Con muy buen pie puede entrar en la vida el joven que ha cobrado fama de absoluta integridad, de honradez y sinceridad de propósito, tan fuertemente atrincherado en el buen concepto de sus convecinos, que nadie duda de su hombría de bien. Si da los primeros pasos con tan excelentes auspicios será relativamente fácil el resto del camino.

Gran parte de los negocios se basan en la reputación. Los banqueros conceden o deniegan créditos, y los comerciantes aprueban o desestiman las demandas de empleo, según la reputación de los solicitantes. ¿Merece confianza? ¿Puede uno descansar en su palabra? ¿Hará lo que diga? Tales son las capitales preguntas en que se funda el crédito.

Dice un renombrado banquero:

Sobre las prendas de carácter se prestan en los establecimientos honrados más millones que sobre las de ropa y alhajas en las casas de préstamos, porque hay hombres de tan alto nivel moral, que sólo piden prestado lo que están seguros de devolver.

Otro banquero dice que preferiría prestar dinero a un pobre honrado, sin otra fianza que su honradez, que a un canalla rico que dejara algo de valor material en prenda.

Conozco a dos jóvenes comerciantes, que se establecieron con muy escaso numerario; pero las cualidades de su carácter bastaron para abrirles crédito de 250.000 dólares, porque tenían merecida fama de infatigables trabajadores y honradísimos, y esta reputación les valió más que un capital de muchos miles en caja.

Nada de tan valioso auxilio para la prosperidad de un joven, como la limpia ejecutoria de su honradez y probidad. Nada tan favorable al adelanto en la carrera de la vida como dar a la palabra validez de escritura notarial, decir siempre la verdad en todo, aunque vaya en contra de nuestro personal interés.

Aunque Abraham Lincoln era un pobre principiante en el ejercicio de la abogacía, nunca se avino a ser picapleitos, ni abogado de malas causas. A este propósito, decía: "Me fuera imposible defender una sinrazón, porque mientras pronunciase mi alegato ante el Jurado, pensaría entre mí: Lincoln, eres un embustero. Y me parece que olvidándome de todo repetiría en voz alta esta confesión."

El apodo de "El honrado Abe" con que popularmente se le designaba, tuvo muy favorable influjo en su elección para la presidencia de la república. Todos cuantos le conocían confiaban en él, porque le veían integérrimo, inflexible, probo y justo. La inquebrantable fe en su honradez le dio poderoso ascendiente en el corazón y entendimiento del pueblo.

La veracidad es la natural manifestación del carácter honrado. Es la voz del mismo Dios. Cuando un hombre es justo y verídico, se anula su personalidad para brillar como astro de primera magnitud su individualidad. Lo que hace o dice no es cuestión de su persona, sino de la rectitud y veracidad personificadas. Instintivamente percibimos que hay algo más allá y superior al hombre que proclama el divino principio.

Por qué las palabras de unos se escuchan como sentencias y las de otros como majaderías? ¿Por qué la opinión del discreto es de más peso que la del necio? Porque tras la palabra del discreto está el carácter. Otros dirán tal vez lo mismo ante el mismo auditorio y no producirá mayor impresión en el ánimo de los oyentes que el agua en la espalda de un gusano. ¿Por qué? Porque la palabra del necio es voz flatulenta y nadie confía en lo que dice. Por doquiera hay ejemplos de oradores brillantes que cautivan con su aparatosa elocuencia al auditorio, pero que no lo convencen ni le persuaden. Son sus discursos fuegos artificiales. Les falta solidez de ideas, vigor de pensamiento, genuinidad de carácter.

Lo que importa es el carácter en todos los momentos y circunstancias de la actuación del hombre.

Una de las mayores desgracias de la época contemporánea, es que hay muchos hombres con dinero y pocos dineros con hombre. A no ser por sus talonarios, no podrían mantenerse algunos potentados sobre sus talones. Desposeyéndolos de sus riquezas quedarían en repulsiva desnudez moral. Quienes los conocen los podrán adular por su dinero, mas ningún respeto les tienen como hombres. Mal negocio es amasar una fortuna y estropear un hombre. Nada más despreciable que un rufián millonario.

No quiere esto decir que sea contraria a la hombría de bien la ganancia de dinero. Todos lo necesitamos más o menos. Lo vituperable es labrar siniestras fortunas a expensas del carácter. Como negociante será un triunfador, pero como hombre un fracasado.

El inconveniente moral de algunos millonarios, es que no fueron hombres antes de ser directores de bancos, compañías y sindicatos. Su mayor defecto es la debilidad de carácter. Por muy altos puestos que hayan ocupado en vida, nadie se acuerda de ellos al cabo de pocos años de su muerte. No dejaron huellas que al verlas otros las siguieran con redoblado ardor.

El amor, la confianza y la estimación se fundan en la hombria de bien y no en las monedas.

Repasando la lista de los caracteres genuinamente magnánimos, vemos que siempre tuvieron un firmísimo propósito. Advertimos el temperamento de su hombría, la enjundia de su carác-

ter. Independientemente de su profesión, sentimos la influencia de su gran fuerza moral, algo que ellos consideran mucho más sagrado que amontonar dinero, explotar negocios y aún que la misma vida. Al hablar con ellos descubrimos desde luego que no se venden ni hay quien se atreva a comprarlos.

Conocemos que será inútil el intento de sobornarlos o rendirlos, porque se yerguen sobre la roca de sus principios, tan firmes como un peñón en su inconmovible asiento. Estos caracteres son la sal de la civilización. En defensa de sus principios lo sacrificaron todo y alegremente sufrieron la persecución y el martirio.

El universo moral está de tal suerte regido, que para llegar muy lejos o cumplir algo de monta en el mundo, es de todo punto de vista indispensable la integridad de carácter.

Cuando Marshall Field perdió todo cuanto poseía en el horroroso incendio de Chicago, los banqueros del este le telegrafiaron ofreciéndole cuanto capital necesitase para restaurar su negocio. Las llamas que abrasaron la ciudad no pudieron consumir la absoluta formalidad de sus tratos. Su nombre era sinónimo de honradez y no contaba con otro capital cuando recién llegado de la aldea nativa fundó modestamente el establecimiento que con el tiempo había de convertir en los más vastos y mejor provistos almacenes comerciales del mundo. Su norma de conducta fué en todo tiempo y circunstancia la honradez, sin gitanería, ni fraude, ni engaño, ni adulteración. Las ventas eran en su establecimiento legales, con el mínimo margen de beneficio. Si algún dependiente engañaba al comprador en la calidad o precio del artículo, quedaba despedido en el acto, por muy provechosa que para la casa hubiese sido aquella venta, pues sabía Field que el beneficio obtenido con el engaño, jamás compensaría el perjuicio de un cliente engañado o descontento, que se convertiría en perpetuo enemigo del establecimiento, como un pregonero de información y descrédito ante las gentes.

Por esta razón el público acudía en tropel a comprar en los almacenes de Marshall Field. Sabían que no les iban a engañar y que la casa los mantendría en su derecho contra cualquiera contingencia de abuso o engaño.

La honradez de propósito, la veracidad y sinceridad en nuestras amistades, en nuestra conducta, profesión y trato con los demás, compensarán los defectos de que pueda adolecer el hombre en otro sentido.

Pero conviene tener en cuenta que no se ha de ser honrado por egoísmo, es decir, por evitar los perjuicios que acarrea el no serlo, pues quien deja de obrar mal por temor a las sanciones del código, denota mezquina moralidad.

La abstención del mal, no perfecciona el carácter. A lo sumo lo estanca y no lo deteriora. El carácter entero se forja en la fragua de las buenas obras, entre las ascuas ardientes de una positiva mentalidad.

Puede el hombre no ser vicioso ni cometer ninguna baja acción, y sin embargo, no tendría la décima parte de la virtud del que algunas veces se extravíe del recto y angosto sendero. Quien se contraiga a "no hacer mal a nadie" y no sea capaz de cumplir una buena e inegoísta acción en su vida, será semejante al siervo infiel, a quien condenó su señor por haber escondido bajo tierra su talento.

La hombría de bien no sólo consiste en la abstención del mal, sino en la práctica del bien. A menudo oímos a un padre alabarse de que su hijo no fuma, ni bebe, ni blasfema, ni se disipa; pero no obstante estas negativas virtudes, suelen ser insustanciales, insípidas e indolentes criaturas incapaces de cosa de provecho. La energía de carácter sólo puede adquirirse por el persistente y vigoroso ejercicio de las virtudes positivas, no simplemente por abstención del vicio.

La doctrina de la reencarnación es la única que aporta puntos de vista razonables sobre la inmortalidad del alma.

DAVID HUME

La Revista Rosa-Cruz se publica con cooperaciones voluntarias, y se distribuye gratuitamente.

SE NECESITAN HOMBRES

Este siglo necesita de hombres conscientes de su misión de proteger a la humanidad de auge del materialismo, y orientarla hacia las regiones donde acampen los principios morales y espirituales. Si los que se dedican a hacer grandes descubrimientos científicos se negaran a oír la voz de la consciencia, serían ellos las primeras víctimas de sus obras.

Adquiera el hábito de leer; ilustrarse es progresar